

vista oficial, y para el fabulador resultaba difícil inventar enredos, simplemente porque enredo supone movimiento, mudanza. En ese panorama, las viudas, o viuditas, como las llamó Alencar, que también echó mano de ellas, eran esenciales. Hay dos tipos, y ellas sobreviven bien en el Machado de la segunda fase: la joven que se puede casar de nuevo y que siempre acaba casándose, como la Fidélia de *Memorial de Aires*, su última novela; y la viuda que hereda la posición del hombre poderoso y que pasa a disponer, ella también, de bastante poder: como Valeria, en *Iaiá Garcia* o Nhântônia en *Casa Vieja*, por ejemplo.

Pero ese poder femenino –y esa es otra ventaja de la figura–, nunca es completo, siempre tiene que ser negociado, tiene que tener ayuda masculina, y ahí, literalmente, en el caso de esas dos novelas, surge el enredo. El caso más fascinante de todos es el de D. Glória en *Dom Casmurro*, mujer bellísima y poderosa al mismo tiempo. Pero aquí ya me estoy saliendo de los cuentos...

–¿Al vincular vida personal con transformación de la calidad narrativa, usted no corre el riesgo de restaurar el biografismo como explicación crítica?

–Depende del tipo de vínculo que se quiere establecer. ¿Quién va a decir que vida y obra no tienen vínculos? ¿El hecho de que Machado haya sido pobre y mulato o el de haber sido epiléptico y tartamudo no tiene nada que ver con su perspicacia, su ironía o su genio? Sin duda se puede responder que nacieron muchos mulatos pobres en el siglo pasado, sin que llegasen a ser Machado de Assis. De acuerdo. El riesgo reside no en la relación en sí, sino en la ingenuidad de ciertos críticos que quieren establecer una mucho más estrecha relación entre una cosa y otra: decir, por ejemplo, que la fragmentación narrativa de *Memorias póstumas* se debe a la tartamudez. Ese tipo de ingenuidad ha sido muy común y tiene base en una visión lamentablemente simple de la persona, sea genio o no. Sea dicho de paso, ese tipo de argumento era justamente lo que odiaba Machado y lo que le dio una fuerza extra en sus ataques al materialismo pseudocientífico. ¿Pero no es posible especular que ese odio también tuviese motivaciones personales, además de las intelectuales? Quien era mulato, tartamudo y epiléptico tenía buenas razones para odiar el científicismo del siglo pasado, que disponía de «explicaciones» para esas cosas. Pero, al igual que es un error hacer esas relaciones excesivamente simples, el autobiografismo tiene también sus ingenuidades. Yo diría que la mayor de ellas es el deseo de hacer de la literatura una categoría aparte, deseo muy ligado a las teorías del arte por el

arte, del famoso *L'art pour l'art*. Machado hasta simpatizaba con esa idea. Pero el arte, la literatura ¿no fue también para él un medio de afirmarse socialmente, de subir en la vida? Nada de eso es tan simple. Diría incluso que, en el caso quizás más importante y difícil de todos, el de los cambios en la calidad narrativa entre *Iaiá Garcia* y *Memorias póstumas de Brás Cubas*, se podría pensar en invertir los términos. Esto es, hacer del arte no el fin de una cadena causal, sino uno de ellos. Si no, veamos.

Entre diciembre de 1878 y marzo de 1879, Machado y su esposa, doña Carolina, fueron a Nova Friburgo, en la entonces provincia de Rio, a convalecer. Fue la única vez en su vida que Machado dejó Rio por una temporada. ¿Cuál es la relación entre este hecho y la publicación poco después de su primera gran novela? No se puede negar la simultaneidad de la enfermedad, la estancia en Nova Friburgo y el cambio en lo literario, pero hacer de la enfermedad la causa del libro es absurdo. Un paralelo, también del siglo pasado, puede arrojar una luz inesperada sobre el asunto: el de Charles Darwin. Todos los biógrafos de Darwin, y hay muchos y buenos, tropiezan con un gran problema, que es la enfermedad, incluso las enfermedades, que le afligieron durante años, después de su vuelta de su famoso viaje a América del Sur en el *Beagle*. Hay varias teorías: que se trataba de una misteriosa enfermedad tropical; que tal vez hubiese una explicación psicológica, con raíces en la muerte de su madre cuando tenía nueve años. Pero hay otra teoría que, aunque quizás no explique todo confieso que me atrae. La propia teoría del origen de las especies fue un terremoto intelectual como pocos en la historia de la humanidad. Sabemos que Darwin había elaborado esa teoría ya en la década del 1830, a la vuelta de su viaje, pero que no se atrevió a publicarla hasta que, en 1859, fue forzado a hacerlo por motivos ajenos a su voluntad. No se atrevió por razones archicomprendibles: tenía miedo porque sabía cuál sería la reacción que, de hecho, en 1859 fue mucho más fuerte. ¿No sería ese miedo el que causó la enfermedad y que también le proporcionó algo importantísimo: el pretexto para retirarse del mundo, permitiendo que otros se encargasen de las polémicas que inevitablemente surgirían? Volviendo al principio: ¿es posible que el propio cambio literario, tan arriesgado, pero también tan necesario y hasta inevitable, hubiese causado una crisis en la salud de Machado?

—*La tentación de descubrir y de atribuir significados ocultos a detalles cronológicos u onomásticos ¿no corre el riesgo de fechar a Machado?*

—Ese riesgo sin duda existe y es una pregunta que me hacen con relativa frecuencia. Para responderla tengo que insistir primero en una cosa: esos

significados existen. Quiero decir: descubrí, no inventé. Yo mismo me quedo sorprendido a veces con lo abstruso y escondido de esas referencias que, por ahora, no tienen rigurosamente otra explicación. Un ejemplo rápido: en el capítulo 118 de *Quincas Borba* se menciona a una muchacha de nombre Sonora; se insiste hasta en la extrañeza del nombre. Osaría decir que ese nombre o no tiene explicación o tiene la explicación que le di y que pasa por Río Grande del Sur, por una provincia mexicana de frontera llamada Sonora, por el emperador Maximiliano, por Napoleón III, por Pedro II y por otras cosas. Quien quisiera saber los detalles, búsquelo en mi libro *Machado de Assis: ficción e historia*. De hecho, diría que la hipótesis del nombre no tenga significado mayor es muy improbable: ¿Por qué no llamar a la muchacha María o Isabel?

Lo que quiero decir es que no se puede negar la existencia de esos detalles. ¿Sería mejor ignorarlos, decir que eso es campo para los especialistas? Quizás. Tampoco puedo negar el derecho de cada lector de leer a Machado como quiera. Sólo argumentaría que se pierde, no sólo una parte de la riqueza del texto sino además una parte de la personalidad del autor y de su relación con la sociedad en la cual y para la cual Machado escribía. Citando una vez más la frase de Múcio Leão, Machado «se complacía en ser incomprendido». Y no sólo eso. Su sosiego personal dependía de esa incompreensión. Como Stendhal, Machado escribía en parte para ser leído cincuenta o cien años más tarde. ¡Hasta que tuviéramos la inmensa suerte de leerlo!

Es importante subrayar que la crítica tiene su lugar natural en ese proceso. Tal vez no sea así con todos los autores, pero con Machado ciertamente lo es. Creo un poco falsa esa división entre «especialistas» y «estudiosos» o, peor aún, entre «machadólogos» y la gran masa de lectores. Si la cuestión del adulterio de Capitu —¿lo hubo o no?— es tan discutida es porque la cuestión está planteada por el propio texto y porque fue descubierta —¡y no inventada!— por un crítico literario, en este caso Helen Caldwell. Otro caso: la crítica de Roberto Schwartz, al destacar, entre otras cosas, la importancia de las relaciones en favor de la ficción, sin duda abrió los ojos de muchos lectores, como fue en mi caso, hacia una lectura más rica, más placentera, más iluminadora, de muchos de esos textos. Sólo una reserva: la investigación de estos significados ocultos puede ser peligrosa y tender a disponer de evidencias y argumentos convincentes, incluso desde el punto de vista literario. Tiende a funcionar dentro de los parámetros del texto. No todo sujeto barbado es don Pedro II, aunque Rubião, con seguridad, lo sea.